

EL CALVARIO DEL PUEBLO VENEZOLANO

UN CAMINO CERRADO

La vida del pueblo venezolano es un calvario. No decimos tan sólo que es escasa y llena de penalidades. Decimos que es un calvario. Calvario o Gólgota significa lugar de la calavera y así se llamaba el cerrito, a las afueras de Jerusalén, donde torturaban a los condenados a una muerte afrentosa, esclavos o rebeldes. Allí murió Jesús con otros dos condenados. Asesinado por las legítimas autoridades. Jesús, como se sabe, no murió de viejo, rodeado de los hijos de sus hijos y de la bendición del pueblo. Murió en la plenitud de la edad, de forma violenta. No murió en un accidente. Murió asesinado. No lo mató un hampón ni un guerrillero. Lo asesinaron las autoridades tras un proceso inicuo. No fue un malentendido. Tenía que morir para que se salvara la nación, el orden establecido. Fue sacrificado para que todo siguiera igual. No había más remedio. No había otra alternativa. Tenía que morir.

Así están haciendo hoy las fuerzas vivas con el pueblo venezolano. Lo están sacrificando para que todo siga igual. Ya lo han sentenciado. No hay más remedio. Para que se salve la nación, para que salga a flote de esta crisis, para que no se ponga en peligro la institucionalidad vigente, para que ellos sigan igual, el pueblo tiene que redimensionar sus expectativas. Tiene que ser realista. Tiene que sacrificar su esperanza.

Para que no resulte tan duro, como al otro le dieron a beber vino con hiel para drogarlo, a éste le ofrecen mentiras como ilusiones y, como al otro, le insisten para que beba y se drogue y pase inconsciente el mal trago. Porque el trago que tiene que apurar el pueblo venezolano es que sube al Gólgota, al lugar sin esperanzas, cargado con su propia cruz. No vamos hacia la Gran Venezuela ni hacia la perfectibilidad de la democracia. El pueblo va hacia la muerte. Lo tienen enchiquerado y lo llevan al matadero.

CAMBIO DE RUMBO

Este cambio de rumbo histórico es lo que tiene pasmado al pueblo. El pueblo está agazapado, como nos sentimos cuando se desata una tempestad furiosa que parece conmover todos los cimientos. Nos quedamos inmóviles, devueltos bruscamente a una posición fetal, esperando que pase el trance y todo vuelva a la normalidad. El pueblo, aturdido por el cambio de horizonte histórico, traumatizado por ese tremendo impacto, antes de abrir definitivamente los ojos a la realidad sombría, espera, por si es una pesadilla, un bache y volvemos al mundo abierto que nos vio nacer.

Porque todas las generaciones que habitamos Venezuela, aun las que nacieron en la época de Gómez, aprendimos por la práctica que hay posibilidades. Partimos de muy abajo: del atraso y la opresión; de la carencia de todo lo que fuera más allá del magro sustento y el techo escueto, y de la costumbre de pasar agachado y mantenerse lejos de la autoridad despótica y el dueño engreído. Pero a pesar de eso el país se empezaba a mover aceleradamente y el cambio aflojaba los controles y brindaba oportunidades. Claro está que había que avisparse y fajarse a trabajar y tragarse muchas ofensas y hacerse la vista gorda ante marrumucias e injusticias. Pero con el tiempo uno lograba asentarse más o menos y sacar adelante su familia. Poco a poco el pueblo vivía mejor y era más gente. Acabaron las enfermedades endémicas, se extendieron los servicios de agua, luz y educación. Se abrían nuevas fuentes de trabajo... La vida seguía siendo bastante dura, pero el esfuerzo al fin lograba algún fruto. El horizonte estaba abierto. Es cierto que no había desaparecido la injusticia y que nacieron nuevas lacras y servidumbres. Pero el balance era alentador y sobre todo progresivo.

Desde el comienzo de esta década la situación comenzó a cambiar: la economía dejó de crecer sin alcanzar el desarrollo y empezaron a crecer la desnutrición y el desempleo; reaparecieron las enfermedades endémicas y se deterioran bruscamente los servicios educativos y de salud; la educación ya no es más garantía de un ascenso social y un empleo; vuelve el discurso altanero de los políticos y la peinilla de la policía.

Ya el camino del pueblo no es el duro bregar hacia la escasa cosecha que trae sin embargo compensación y alegría por tantos afanes. Ahora el camino del pueblo venezolano cada día se parece más al vía crucis, camino de dolor sin esperanza cuya meta es el calvario. Así ven los Obispos a los hombres de nuestro pueblo: "frustrados, agotados y humillados (...) indefensos y

adoloridos (...) al borde de la desesperación". Y todavía ven con más alarma a los jóvenes a quienes el orden establecido "priva de horizontes de vida y esperanza"

CONDENA INJUSTA

Y, lo más grave, que esta situación del pueblo es una condena. En esto también se parece la situación del pueblo a la de Jesús de Nazaret. Es la burguesía venezolana y los políticos en el poder y la Banca internacional y la CTV y los gremios profesionales los que lo han condenado a este camino de muerte para que se salve el orden establecido, para que la crisis no los toque a ellos, incluso para aprovecharse de la crisis. Esto tiene que quedar muy claro: La situación del pueblo no es algo inevitable debido a causas que escapan al control de todos; menos aún es el resultado merecido de acciones del propio pueblo. Es la condena injusta de los que en nuestro país tienen poder. Porque, como dicen los Obispos "Venezuela tiene condiciones para emprender la solución de este gravísimo problema". Estos son, según ellos, algunos de esos recursos: los 35.000 millones de dólares que venezolanos tienen depositados en el exterior, pero que han producido en Venezuela con el trabajo de los venezolanos, porque como dice el Papa, "sobre la propiedad privada grava una hipoteca social". Esta misma hipoteca grava sobre la Banca privada que tiene recursos financieros muy por encima de las colocaciones, recursos, pues, ociosos. Esta misma hipoteca grava sobre nuestros empresarios que pretenden que sus ganancias deben estar sobre el 50 por ciento de la inversión. También el Estado, a pesar de la reducción petrolera, tiene recursos; pero para eso tiene que cambiar de política, dejar la corrupción, y no sucumbir a las injustas presiones para pagar la deuda.

Nuestro país tiene recursos para salir de la crisis, pero están secuestrados e hipotecados. Por eso los que los acaparan, en vez de convertirse, condenan al pueblo. Lo condenan para no convertirse. Sabemos que estas personas que nombran los Obispos (grupos sociales bien concretos e individuos con nombre y apellido) no van a cambiar. Su dios es el dinero y el poder, y esos dioses tienen su lógica que respaldan estudios muy concienzudos y expertos muy renombrados. Dios sabe cuánto quisiéramos equivocarnos, pero desgraciadamente quienes no tuvieron entrañas de misericordia y sacrificaron al pueblo para maximizar su ganancia o conservar su poder injusto no van a cambiar ante la reconversión de unos Obispos. Más bien, para poder disfrutar del "precio de la sangre" con más tranquilidad, no pararán hasta que los Obispos en privado o en público se vayan desdiciendo. Y es posible que lo logren.

DE LA CRUZ DE LOS OPRESORES A LA CRUZ DE JESUS

Entonces ¿qué le queda al pueblo? ¿Seguir como Jesús su camino al calvario, cargando, nuevo cordero de Dios, con los pecados del orden establecido?

De ningún modo. Jesús murió por todos para que ya nadie más fuera sacrificado. Ni Jesús, ni Dios su Padre, quieren que el pueblo de Venezuela sea sacrificado, como él, por lo impíos. El no quiere que el pueblo se entregue a la muerte. Entonces su sacrificio habría resultado inútil. El pueblo venezolano tiene que saber que Dios no quiere esa cruz, que Dios condena su condena, que él quiere que tengan vida abundante y compartida.

El yugo de Jesús no es el de los opresores. Es, por el contrario, el del esfuerzo ímprobo por no ser como ellos. Es más aún el de la lucha paciente y coordinada para despojarse de ese yugo. Es también el de compartir solidariamente las cargas en el seno del propio pueblo. Esa es la cruz que Jesús pide cargar con él al pueblo de Venezuela y a los que quieren apostar por su causa. De esta manera convertiremos la condena injusta en camino hacia la resurrección.

Somos conscientes de que el vía crucis que nos propone el Señor como alternativa al que nos han condenado los opresores se presenta a primera vista tan difícil como el que actualmente padecemos. Y lo es. Sólo que nos acompaña Jesús y con él "el yugo es suave y la carga liviana". Sólo que no lleva, como el otro, a la muerte sino que conduce a la liberación y a la vida nueva.